

Breve historia de siete asesinatos



Marlon James

«Una hazaña.»

The Wall Street Journal

«Épica en el más amplio
sentido de la palabra:
arrolladora, mítica,
colosal e hipnóticamente
compleja.»

The New York Times

Traducción
Javier Calvo

con la colaboración
de Wendy Guerra

PREMIO
BOOKER
2015

INCLUYE E-BOOK

Breve historia de siete asesinatos

Marlon James

Breve historia de siete asesinatos

Marlon James

Traducción de Javier Calvo
con la colaboración de Wendy Guerra

Nota sobre la traducción

Breve historia de siete asesinatos se estructura en torno a los testimonios de trece personajes ficticios que recuerdan, recrean, mienten, meditan, lamentan o celebran tejiendo una densa trama de relatos cruzados. No hay narrador externo, no hay tercera persona. La historia se despliega como un enorme juego de contrapuntos polifónicos donde cada individuo (cada testigo) exhibe su propia voz singular e intransferible. Unos habitan el territorio de un inglés ciertamente jamaicano, pero más o menos canónico. Otros no salen del dialecto criollo (el *patois*) usado por el pueblo llano de la isla. Varios oscilan entre esas regiones o circulan por la frontera que las separa. Tres hablan un estadounidense genérico. ¿Cómo puede reflejarse esa variedad en una traducción? Si cada jerga «vulgar» está indeleblemente marcada por su tiempo y su espacio, ¿cómo podemos trasladarla a las volubles geografías de otro idioma? Todas las soluciones a ese viejo (e intratable) problema son, en cierto modo, artificiosas. A menudo se ha eludido el obstáculo neutralizando la diferencia, sometiéndola al cepillo de una sola pauta normativa. Dejando aparte la dudosa validez de esa receta, emplearla aquí hubiera supuesto la imperdonable mutilación de una novela donde las formas del habla pertenecen al argumento de la obra. El vaivén de los registros verbales no es un mero recurso literario: es también un tema.

¿Qué hacer entonces? Entre los muchos lenguajes del castellano (todos felizmente locales) hemos escogido la versión cubana de la elocuencia caribeña. No, como es obvio, por afinidad lingüística o parentesco gramatical, sino por proximidad física y, sobre todo, psicológica. Casi por analogía. «Jamaica y Cuba son uña y carne», leemos, muy oportunamente, en la página 209 de este libro. Fijado el objetivo, la novelista Wendy

Nota sobre la traducción

Guerra acometió la tarea de cubanizar los pasajes pertinentes en la meticulosa traducción del no menos novelista Javier Calvo. Ustedes juzgarán el producto, pero no es imposible que hayamos acertado.

Para Maurice James,
un caballero extraordinario e inigualado.

Reparto

GRAN KINGSTON (desde 1959)

sir Arthur George Jennings: político difunto
el Cantante: estrella mundial del reggae
Peter Nasser: político y estratega
Nina Burgess: exrepcionista sin empleo
Kim-Marie Burgess: su hermana
Ras Trent: amante de Kim-Marie
doctor Amor / Luis Hernán Rodrigo de las Casas: asesor de la CIA
Barry Diflorio: jefe de la CIA en Jamaica
Claire Diflorio: su esposa
William Adler: exagente de la CIA ahora corrupto
Alex Pierce: periodista de *Rolling Stone*
Mark Lansing: cineasta; hijo de Richard Lansing
Louis Johnson: agente de la CIA
señor Clark: agente de la CIA
Bill Bilson: periodista del *Jamaica Gleaner*
Sally Q: amañadora y soplona
Tony McFerson: político
agente Watson: policía
agente Nevis: policía
agentel Grant: policía

COPENHAGEN CITY

Papa-Lo / Raymond Clarke: capo de Copenhagen City (1960-1979)
Josey Wales: primer sicario; capo de Copenhagen City (1979-1991);
jefe de la Storm Posse
Llorón: sicario; primer sicario de la Storm Posse (Manhattan y Brooklyn)

Reparto

Demus: pandillero

Checho: pandillero

Bam-Bam: pandillero

Funky Chicken: pandillero

Renton: pandillero

Bestia Salvaje: pandillero

Tony Pavarotti: sicario y francotirador

Priest: mensajero y soplón

Junior Soul: soplón; posible espía de Eight Lanes

Banda de Wang: banda de Wang Sang Lands asociada a Copenhagen
City

el Cobre: sicario

el Chino: jefe de banda

Treetop: pandillero

Bullman: sicario

EIGHT LANES

Matasheriffs / Roland Palmer: capo de Eight Lanes (1975-1980)

Chistoso: sicario y subjefe

Buntin-Banton: capo de Eight Lanes (1972-1975)

Estropajo: capo de Eight Lanes con el anterior (1972-1975)

FUERA DE JAMAICA (1976-1979)

Donald Casserley: traficante de drogas y presidente de la Jamaica
Freedom League

Richard Lansing: director de la CIA (1973-1976)

Lindon Wolfsbricker: embajador estadounidense en Yugoslavia

almirante Warren Tunney: director de la CIA (1977-1981)

Roger Theroux: agente de la CIA

Miles Copeland: agente de la CIA

Edgar Anatolievich Cheporov: corresponsal de la agencia Novosti

Freddy Lugo: activista de Alpha 66; miembro de la Coordinación de Organizaciones Revolucionarias Unidas (CORU)

Hernán Ricardo Lozano: activista de Alpha 66; miembro de la Coordinación de Organizaciones Revolucionarias Unidas (CORU)

Orlando Bosch: activista de Omega 7; miembro de la Coordinación de Organizaciones Revolucionarias Unidas (CORU)

Gael y Freddy: activistas de Omega 7; miembros de la Coordinación de Organizaciones Revolucionarias Unidas (CORU)

Sal Resnick: periodista del *New York Times*

MONTEGO BAY, 1979

Kim Clarke: desempleada

Charles / Chuck: ingeniero en Alcorp Bauxite

MIAMI Y NUEVA YORK (1985-1991)

Storm Posse: mafia de narcotraficantes jamaicanos

Ranking Dons: mafia de narcotraficantes rival de la Storm Posse

Eubie: primer sicario de la Storm Posse (Queens y el Bronx)

A-Plus: socio de Tristan Phillips

Pig Tails: sicario de la Storm Posse (Queens y el Bronx)

Ren-Dog: sicario de la Storm Posse (Queens y el Bronx)

Omar: sicario de la Storm Posse (Manhattan y Brooklyn)

Romeo: traficante de la Storm Posse (Brooklyn)

Tristan Phillips: preso en Rikers Island; miembro de los Ranking Dons

John-John K: asesino a sueldo y ladrón de automóviles

Paco: ladrón de automóviles

Griselda Blanco: jefa del Cártel de Medellín en Miami

Baxter: sicario de Griselda Blanco

Reparto

los camisas hawaianas: sicarios de Griselda Blanco

Kenneth Colthirst: vecino de Nueva York

Gaston Colthirst: su hijo

Gail Colthirst: su nuera

Dorcas Palmer: cuidadora

Millicent Segree: estudiante de enfermería

señorita Betsy: encargada en la agencia de empleo God Bless

Monifah Thibodeaux: drogadicta

Gonna tell the truth about it,
Honey, that's the hardest part.*

Bonnie Raitt, «Tangled and Dark»

If it no go so, it go near so.**

Refrán jamaicano

* Voy a contarte la verdad sobre eso, / cariño, ésta es la parte más dura.

** Si no va así, anda muy cerca.

Sir Arthur George Jennings

Escuchen.

Los muertos no paran de hablar. Tal vez porque la muerte no lo es en absoluto, quizá no es más que quedarse castigado después de la escuela. Sabes de dónde vienes y siempre vuelves de ella. Y sabes adónde vas, aunque parece que no llegas nunca y que sólo estás muerto. Muerto. Parece algo definitivo, pero es una palabra a la que le falta acción. Te encuentras con hombres que llevan más tiempo muertos que tú pero que no van a ninguna parte y los oyes aullar y mascullar porque todos somos espíritus, o al menos creemos serlo, aunque en realidad simplemente estamos muertos. Espíritus que se meten dentro de otros espíritus. A veces una mujer se mete dentro de un hombre y gime como si estuviera recordando la sensación de hacer el amor. Los espíritus lloran y se quejan muy alto, pero a través de la ventana todo lo que se oye son silbidos o cuchicheos bajo la cama, y entonces los niños creen que hay un monstruo. A los muertos les encanta yacer bajo los vivos por tres razones. 1) La mayor parte del tiempo la pasamos acostados. 2) Vista desde abajo, la cama parece la tapa de un ataúd, pero 3) sobre ella hay peso, un peso humano en el que te puedes meter para hacerlo todavía más pesado, y para escuchar los latidos del corazón mientras lo ves bombear y oír el susurro de los orificios nasales cuando los pulmones expulsan el aire y envidiar hasta la más breve de las respiraciones. No tengo ningún recuerdo de ataúdes.

Los muertos, sin embargo, no paran de hablar y a veces los vivos los oyen. A eso me refería. Cuando estás muerto, el habla no es nada más que tangentes y desvíos, y tampoco hay nada que hacer más que apartarse del camino y deambular un rato. Bueno, al menos eso hacen los demás. Lo que quiero decir es que los difuntos aprenden de los demás difuntos, aunque no es fácil. Yo, por ejemplo, podría escucharme a mí mismo insistir, delante de quien me

quisiera oír, en que, de hecho, no me caí, sino que alguien me empujó desde el balcón del hotel Sunset Beach de Montego Bay. Y no puedo decir: cállate de una vez, Artie Jennings porque todas las mañanas me despierto y tengo que volver a recomponer mi cabeza aplastada como una calabaza. E incluso mientras digo esto recuerdo perfectamente cómo hablaba entonces: ¿les gusta esta movida, chicos? Con esto quiero decir que el Más Allá no es ninguna rumba, no es ninguna gozadera, paisano, ¿ves tú a esos tipos enrollados metiéndose en líos? Pues aquí nunca les han gustado esas cosas, de modo que lo único que puede hacerse es esperar al tipo que me mató, y no hay manera de que se muera, se limita a envejecer y envejecer y a agenciarse mujeres cada vez más jóvenes y a engendrar con ellas camadas y más camadas de niños cortos de luces y a hundir así este país.

Los muertos no paran de hablar y a veces los vivos los oyen. A veces él me contesta si lo pilló en buen momento, cuando está dormido y los ojos se le empiezan a mover de un lado para otro, y me sigue hablando hasta que su mujer le arrea una bofetada. Pero yo prefiero escuchar a los muertos veteranos. Veo a hombres con calzones raídos y gabanes ensangrentados que me hablan, pero les sale sangre de la boca y, ¡Dios bendito!, ¡qué atroz fue la rebelión de los esclavos aquella!, y por supuesto, esa reina no nos ha servido para nada de nada desde que la West India Company empezó a perder terreno lamentablemente en beneficio de la East, y por qué hay tantos negros a los que les da por dormir tan mal y donde se les antoja, y maldita sea mi estampa, no sé dónde he dejado la mitad izquierda de mi cara. Estar muerto es entender que muerto no significa desaparecido, sino que estás en pleno páramo. El tiempo no se detiene. Lo ves moverse, pero tú estás quieto, igual que un cuadro con sonrisa de gioconda. Y en ese espacio una garganta degollada hace trescientos años y una muerte en la cuna de hace dos minutos son lo mismo.

Si no pones atención a la manera como duermes, te encontrarás a ti mismo igual que te encontraron los vivos. Yo estoy tumbado en el suelo, con la cabeza como una calabaza aplastada, la pierna dere-

cha torcida por detrás de la espalda y los dos brazos doblados de una forma en que los brazos no deberían doblarse, así que desde las alturas del balcón parezco una araña muerta. Estoy al mismo tiempo allí arriba y aquí abajo, y desde allí arriba me veo a mí mismo tal como me vio mi asesino. Los muertos reviven un movimiento, una acción o un grito y vuelven a estar ahí, igual que antes, en el tren que no redujo la marcha hasta descarrilar, en la cornisa del piso dieciséis del edificio o en el maletero donde se agotó el oxígeno. Cuerpos de pandilleros que revientan como globos pinchados al recibir cincuenta y seis balazos.

Nadie se cae de este modo si no lo empujan. Lo sé muy bien. Y también sé qué aspecto tiene y qué siente un cuerpo que cae al vacío forcejeando con el aire, intentando agarrarse a nada de nada y suplicando por que una vez, una sola vez, una jodida y única vez, ¡Dios bendito!, hijo de la grandísima puta, una sola vez el aire ofrezca algo a lo que agarrarse. Y aterrizas en una zanja de metro y medio de profundidad o bien en un suelo con baldosas de mármol que hay cinco metros más abajo, y todavía estás pataleando cuando el suelo sube e impacta contra ti porque ya se ha cansado de esperar sangre. Y seguimos muertos pero nos despertamos, yo en forma de araña aplastada y él de cucaracha quemada. No recuerdo ningún ataúd.

Escuchen.

Los vivos esperan a ver qué pasa porque se engañan a sí mismos creyendo que tienen tiempo. Los muertos ven qué pasa y luego aguardan. Una vez le pregunté a mi profesora de catequesis que, si el paraíso es el lugar de la vida eterna y el infierno es lo contrario, entonces ¿qué es el infierno? Un sitio para niños insolentes y desvergonzados como tú, me dijo. Sigue viva. La veo en el Hogar de Ancianos Eventide, demasiado vieja y demasiado estúpida ya; ha olvidado cómo se llama y habla con un murmullo tan apagado que nadie puede oírla decir que tiene miedo al anochecer porque es entonces cuando vienen las ratas a por los dedos que le quedan en los pies. Y veo más que eso. Si miras con la suficiente atención, o basta con que mires a la izquierda, verás un país que sigue exactamente

como lo dejé. Jamás cambia: cuando estoy con personas, resulta que son idénticas a como eran cuando las dejé; la edad no altera nada de nada.

El hombre que fue padre de una nación, para mí más padre incluso que el mío de verdad, lloró como una mujer que acabara de enviudar de repente al enterarse de que yo había muerto. Nunca adviertes que los sueños de los demás están conectados contigo hasta que te mueres, y entonces ya no puedes hacer nada más que verlos morir de una forma distinta, despacio, una extremidad tras otra, un sistema tras otro. Problemas cardiacos, diabetes: enfermedades que matan despacio y con nombres que suenan a lento. Es el cuerpo que va a la muerte con impaciencia, pedazo a pedazo. Vivirá lo bastante para ver cómo lo convierten en héroe nacional y morirá siendo el único que cree haber fracasado. Es lo que sucede cuando encarnas las esperanzas y los sueños en un solo individuo: se convierte en un simple recurso literario.

Ésta es la historia de varios asesinatos, de unos chicos que no significaban nada para un mundo que prosigue su curso, pero en quienes, cuando pasan a mi lado, percibo el aroma dulzón y asqueroso del hombre que me mató.

El primero se desgañita como un cerdo, pero el grito se le detiene en el umbral de los dientes porque lo han amordazado y la mordaza sabe a vómito y a piedra. Alguien le ha atado las manos a la espalda, pero da la sensación de que las ligaduras están flojas porque se le ha levantado toda la piel de las muñecas y la sangre está engrasando la cuerda. Patalea con ambas piernas porque tiene la derecha atada a la izquierda, da patadas contra la tierra que se eleva un metro y medio, dos metros, y no puede ponerse de pie porque está lloviendo barro y tierra y del polvo al polvo y rocas. Una roca le golpea en toda la nariz y otra se le clava en el ojo y se lo revienta, y él grita, pero el grito le llega a la punta de la boca y vuelve hacia dentro como un reflujo; la tierra es como una inundación que no para de subir y él ya no puede verse las puntas de los pies. Entonces se despierta y sigue muerto; no quiere decirme cómo se llama.

LOS CHICOS DE LA VIEJA ESCUELA

2 DE DICIEMBRE DE 1976

Bam-Bam

Sé que tenía catorce años. Eso lo sé. También sé que hay mucha gente que raja demasiao, sobre to el americano, que no se calla nunca, el men se parte de la risa cada vez que habla de ti, y es extraño que diga tu nombre al lao del de otra gente de la que no tenemos ni idea, como Allende Lumumba, que parece el nombre del país de Kunta Kinte. El americano va casi siempre con los ojos tapaos con las gafas de sol, como si fuera un predicador que ha venío aquí a hablar con los negros. Él y el cubano vienen juntos a veces, o a veces separaos, y cuando uno habla el otro siempre se achanta. El cubano no toca las armas porque las armas siempre necesitan que las necesites, dice.

Recuerdo que yo antes dormía en un catre y que mi madre era puta y mi viejo el único hombre bueno que quedaba en el gueto. Y me acuerdo de que nos pasamos unos días espindo la gran casa que tenías en Hope Road, y de que en un momento dao saliste a hablar con nosotros como si tú fueras Cristo y nosotros Iscariote y nos hiciste así con la cabeza, como diciendo caminen, enfilen pa lo de ustedes, hagan lo que haya que hacer. Pero no me acuerdo de si yo te vi de veldá o si me lo contó alguien que sí te había visto y por eso creo que yo también te vi, saliendo al porche de atrás, zampándote un cacho de frutipán, y entonces ella salió dispará como si tuviera cosas muy importantes que hacer afuera a esa hora de la noche y se quedó tiesa porque estabas encuero en pelota, luego la tipa te agarró el mandao porque se lo quería comer ella sola, aunque a los rasta no les gusta que las mujeres vayan por ahí de frescas, y los dos se pusieron a templar hasta la madrugada, y yo me la tocaba y me la tocaba, y me rallé tremenda yuca na má de verlos y de oírlos, y luego na, tú escribiste una canción de eso. El muchacho de Concrete Jungle estuvo viniendo con el mismo ciclomotor verde de chica cuatro días a las ocho de la mañana y a las cuatro de la tarde pa buscar el

sobre marrón, hasta que el equipo nuevo de seguridad le empezó a decir que se perdiera. De eso también nos enteramos.

En Eight Lanes y en Copenhagen City lo único que se puede hacer es mirar. Esa voz que habla tan bonito por la radio dice que el crimen y la violencia están adueñándose del país, y que está por ver si va a cambiar la cosa o qué, pero en Eight Lanes lo único que podíamos hacer era mirar y esperar. Y yo vi que bajaban los ríos de mierda por la calle, y uno aquí, esperando. Y vi que mi madre se metía a dos tipos por veinte dólares por cabeza y a otro más que le pagó veinticinco pa soltárselo todo dentro en vez de echarlo pa fuera, y uno aquí, esperando. Y vi que mi viejo acababa tan harto y tan cansao de ella que la molía a palos. Y vi que el zinc de los tejaos se oxidaba hasta ponerse marrón, y luego pa colmo la lluvia le hizo tantos huecos que parecía un queso franchute, y también vi a siete personas en una habitación y una estaba preñá, pero la gente singaba igual porque eran tan pobres que no tenían ni pa la vergüenza, y yo, na, aquí esperando.

Y el cuartito se fue quedando más y más pequeño, y siguieron llegando del campo más hermanas, hermanos, primos, y la ciudad crecía y crecía y no había sitio pa pegar un brinco ni pa marcarse unos pasillos y no había pollo pa'l curry, y cuando lo había era demasiao caro, y a una niña le metieron unas puñalás porque sabían que los martes le daban dinero pa comer, y los chamacos como yo estábamos creciendo y no íbamos mucho a la escuela ni sabíamos leer ni na de na, pero sí conocíamos la Coca-Cola y queríamos ir a un estudio y grabar un tema y cantar hits y usar la música pa salir del gueto, pero Copenhagen City y Eight Lanes son muy grandes los dos y cada vez que llegas al final, el final se te fuga pa'lante, como si fuera una sombra, hasta que el mundo entero es un gueto, y tú, na, a esperar.

Yo vi que eras ambicioso y que estabas esperando porque sabías que era sólo cuestión de suerte, así que te dedicaste a deambular por el estudio hasta que Desmond Dekker le dijo al men que te diera una opoltunidad, y el men te dio esa opoltunidad porque te notó la ambición en la voz hasta antes de oírte cantar. Grabaste un tema,

pero no era un hit porque ya entonces era demasiao bonito pa'l gueto, y es que ya había pasao esa época en la que las cosas bonitas nos ponían la vida más fácil. Te vimos en el chanchulleo, haciéndote el macho para grabar un single y deseamos que te fuera mal. Y sabíamos que además nadie te iba a querer de pandillero porque tenías tremenda pinta de intrigante.

Y cuando saliste pitando de aquí pa Delaware y volviste, intentaste cantar ska, pero el ska ya se había largao del gueto pa irse a vivir a los barrios altos. El ska se subió a un avión pa'l extranjero pa hacer creer a los blancos que era como el twist. Y no sé si los sirios y los libaneses estaban orgullosos de eso, pero cuando nosotros vimos a esa tribu en el periódico posando con azafatas de vuelo, no nos sentimos orgullosos, nos quedamos pasmaos. Entonces sacaste otro tema y esa vez sí que fue un hit. Pero un solo hit no te podía sacar del gueto si el men pa'l que grababas era un vampiro. Un solo hit no te podía convertir en Skeeter Davis o en el men ese que cantaba las *Gunfighter Ballads*.

Cuando un chama como yo sale de su madre, ella ya pasa de to. El predicador dice que hay un vacío en forma de Dios en la vida de to el mundo, pero la gente del gueto pa llenar un vacío no tiene más que vacío. Mil novecientos setenta y dos no se parece en na a mil novecientos sesenta y dos, y la gente sigue hablando bajito porque no se pueden poner a gritar que cuando Artie Jennings se murió se llevó también la ilusión de golpe. No sé qué ilusión sería ésa, la verdad. La gente es idiota. No es que la ilusión se marchara, es que la gente no reconoce una pesadilla ni aunque esté en el centro de ella. Y empieza a mudarse más gente al gueto porque Delroy Wilson canta eso de que «better must come», vendrán tiempos mejores, y el men que acabará siendo primer ministro también lo canta. Vinieron tiempos mejores. Morenos con pinta de blancos, pero que cuando hace falta hablan como los negros, cantando «Better Must Come». Mujeres que visten como reinas y a las que les sudaba el bollito con el gueto antes de que en Kingston triunfara el «Better Must Come».

Pero primero, lo peor.

Nos dedicamos a esperar. Dos men traen armas al gueto. Uno de ellos me enseña a usarlas. Pero la gente del gueto ya nos estábamos matando antes. Nos dimos con to lo que encontrábamos: palos, machetes, cuchillos, picahielos, botellas de refrescos. Matamos por comida. Matamos por dinero. A veces a un men lo liquidan porque a otro no le ha gustao cómo lo miraba. Y pa matar no hacen falta razones. Esto es el gueto, jeh! Las razones son pa los ricos. Nosotros tenemos la locura.

La locura es ir andando por una calle elegante del centro y ver a una madama vestida a la última moda y que te entren ganas de embestirla y jalarle el bolso, aunque está claro que lo que quieres en veldá, veldá, no es el bolsito ni el dinero; es que la madame grite cuando vea que te le tiras directo a chuparle la bembita pintá, y quitarle la cara esa de contenta de un bofetón y sonarle un puñetazo en to el ojo que la deje bizca, jodida, y matarla allí mismo y violarla antes o después de descojonarla porque eso es lo que los pandilleros les hacemos a las mujercitas decentes como ésas. La locura es lo que te hace seguir a un men trajeao por la calle King, donde los pobres no van nunca, y ver que tira un bocadillo de pollo, y tú lo hueles y deliras al ver que la tribu sea tan rica que puede usar pollo solamente pa meterlo entre pan del malillo, y pasas al lao de la basura y lo ves, todavía envuelto en papel de plata y fresco, no marrón como la otra basura ni lleno de moscas ni na, y primero piensas que quizá, y luego que sí, y al final piensas que tienes que agarrarlo, sólo pa ver a qué sabe el pollo sin huesos dentro. Pero le dices que no a la locura, y es que la que tú tienes dentro no es locura tipo chifladura sino locura tipo rabia porque sabes que el tipo lo ha tirao ahí, men, na ma' pa que tú lo vieras, chico. Y te juras que un día vas a empezar a andar por la calle ensillao, armao con un cuchillo y que la próxima vez que veas al tipo ese te le vas a tirar arriba y le vas a abrir to el pecho y dejárselo bien rajao.

Pero ese men sabe que los chamas como yo no podemos caminar mucho por el centro sin que nos asalte Babilonia. Basta con que la policía vea que voy descalzo pa que vengán y me digan: pero

qué cojones haces tú aquí con la gente decente, negro asqueroso, y me den a elegir: Puedo mandarme a correr y el singao me puede perseguir hasta uno de los callejones que sirven de atajos por la ciudad y allí a solas balearme. Lleva el cargador bien lleno, o sea que alguna bala me dará. O bien me dejo dar una paliza a la vista de la gente fina, primero me enciende a golpes, me deja sin muelas y después me abre la sien, o sea que ya nunca más oiré bien por ese lao, y luego me canta: Que te sirva de lección, pa que una rata asquerosa del gueto como tú nunca se aparezca por los barrios altos. Y yo na, aquí esperando.

Pero luego volviste, y eso que nadie sabía que te habías ido. Las mujeres te preguntaban por qué habías vuelto cuando en América había cosas tan buenas como el arroz Uncle Ben's. No sabíamos si te habías ido allí a cantar hits. Algunos te seguimos vigilando mientras rondabas por el gueto como un chamaquito al que le va queda la camisa. Ahora sé de qué ibas, pero entonces no lo veía, no veía que te estabas haciendo la sombra de tal pistolero y de aquel rasta que tenía un estudio de pinga, y del cabrón de más acá y del pandillero de más allá, y hasta de mi padre, pa que todo el mundo te conociera bastante, na, pa caerles bien, vaya, pero no tanto com pa que se les ocurriera reclutarte, no hay que exageral. Y cantabas de lo que fuera, de lo que fuera con tal de conseguir un hit, hasta de asuntos de los que sólo tú sabías y que no importaban a nadie. «And I Love Her», por ejemplo, porque Prince Buster hizo una versión de «You Won't See Me» y había colao un hit. Usabas lo que te caía en las manos, hasta melodías que no eran tuyas, y cantaste mucho y muy seguío, hasta que las canciones te sacaron del gueto. En 1971 ya salías por la tele. En 1971 yo disparé por primera vez.

Tenía diez años.

La vida en el gueto no vale na. No pasa na por matar a un men. Me acuerdo de la última vez que mi padre me intentó proteger. Había vuelto corriendo de la fábrica, me acuerdo porque cuando nos poníamos juntos mi cara quedaba a la altura de su pecho, y el men estaba jadeando como un perro. El resto de la tarde lo pasamos en la

casa, los dos agachaos. Es un juego, me dijo él, to nervioso. Pierde el primero que se ponga de pie, me dijo. Pero yo me puse de pie porque tenía diez años y ya era mayor y estaba cansao de jugar, y el viejo me pegó un grito y me agarró y me metió un piñazo por el pecho. Y yo intenté respirar, pero me costaba tanto trabajo que me dieron ganas de llorar y me dieron ganas de odiarlo a él, pero en ese momento llegó la primera bala, como si alguien hubiera tirao una piedra, y rebotó en la pared. Y luego la siguiente y la siguiente. Y luego atravesaron la pared, *ratatatatatata*, menos la última, que reventó una maceta, y luego se clavaron en la pared seis, siete, diez, veinte balas más, era como *chakachakachakachakachaka*. Y el viejo me agarró y me intentó tapar los oídos, pero me apretó tan fuerte que no se dio cuenta de que me estaba clavando el dedo en to el ojo. Y yo oí las balas y el *ratatatata* y el *fuuuuuush-buum*, y sentí que el suelo temblaba. Y oí gritos de mujeres y de hombres y de niños, de esos gritos que se parten por la mitá, de esos que se acaban porque les sube la sangre de la garganta a la boca y hace como gargajos y los asfixia. Y él me sujetó contra el suelo y me tapó la boca pa que no gritara, y a mí me vinieron ganas de morderle la mano, y se la mordí porque también me estaba tapando la nariz, y yo intentando decir: papá, no me mates tú, pero el viejo estaba temblando, yo no sé si eran los tembleques de morirse, y volvió a temblar el suelo, y ahora estaba to lleno de pies y más pies, por tos laos, hombres pasando y corriendo y corriendo y pasando y riéndose y chillando y gritando que están muriendo tos los hombres de Eight Lanes. Y mi padre me empujó contra el suelo y me tapó con el cuerpo pero el muerto pesaba como un saco lleno y a mí me dolía la nariz, y él olía a aceite de carro y me estaba clavando la rodilla o no sé qué coño en la espalda, y el suelo sabía amargo, no sé si por el abrillantador del suelo rojo o qué, y yo quería que se me quitara de encima, y lo odiaba, y todo se oía como si estuviera tupio con medias. Y cuando por fin se me quitó de encima, la gente estaba gritando afuera pero ya no se oían los *ratatatatatata* ni los *fuuuuuush-buum*, pero él estaba llorando y yo lo odié.

Dos días más tarde mi madre volvió toda feliz y luciendo un vestido nuevo que era el más bonito de to aquel gueto de mi vida, y mi viejo la vio porque no había ido a currar porque to el mundo tenía miedo de salir a la calle, y el viejo le fue directo pa arriba y le dijo: puta asquerosa, pero si te huelo la leche a tres leguas. La agarró del pelo y le metió una patá en la barriga y ella le gritó que él no era hombre ni era na porque no podía singarse ni a una pulga, y él le dijo: ¡ah!, o sea que lo que quieres es que te singuen, puta, ¿no? Y le dijo: voy a conseguirte una pinga bien grande pa ti, y la agarró por el pelo y la arrastró por todo el cuarto, y yo estaba mirando desde debajo de las sábanas porque él me había escondido allí por si acaso venían tipos malos por la noche, y entonces agarró una escoba y le dio por todos laos, por arriba y por abajo, por delante y por detrás, y ella estuvo gritando hasta que ya sólo lloraba y luego sólo lloriqueaba, y él le dijo: ¿conque quieres una pinga bien grande? Déjame que te dé yo una pingona bien grande, puta asquerosa, y agarró la escoba y le abrió las piernas a patadas. Luego la echó de casa y le tiró la ropa pa la calle, y yo pensaba que era la última vez que veía a mi vieja, pero no, ella volvió al día siguiente, toda vendada igual que las momias de las películas aquellas que echaban por treinta centavos en el cine Rialto, y pa colmo se apareció con tres tipos.

Cogieron a mi viejo entre los tres, pero mi padre peleó, peleó como un hombre, hasta les arreó puñetazos en plan John Wayne, que es como se supone que pelean los hombres de veldá. Pero él era uno solo y ellos primero tres y luego cuatro. Y el cuarto no vino hasta que a mi viejo ya le habían molío a palos y lo habían dejao como un tomate pisoteao, y uno de los tipos le dijo: yo me llamo Chistoso y voy a ser el próximo capo de por aquí, ¿pero tú sabes cómo te llamas? ¿Sabes cómo te llamas? Te pregunto si sabes cómo te llamas, mariconna. Y mi madre se rio pero le salió la risa como si se estuviera ahogando, y Chistoso le dijo a mi viejo: ¿te crees que eres importante porque trabajas en una fábrica? El trabajo en la fábrica te lo di yo y yo te lo puedo quitar, maricón. ¿Sabes cómo te llamas, maricón? Te llamas chivato. Y entonces les dijo a los demás que se fueran.

Y dijo: ¿sabes por qué me llaman Chistoso? Porque nunca estoy pa bromas.

Hasta a oscuras a Chistoso le brillaba la piel más que a nadie porque ese men la tenía siempre roja, como si todo el tiempo tuviera la sangre a flor de piel, o como cuando los blancos toman demasiado el sol, y encima tenía los ojos grises como un gato. Y Chistoso le dijo a mi viejo que lo iba a matar, ahora mismo, pero que si le mataba la pinga lo dejaría vivo, como a los leones de *Nacida libre*, pero que tendría que largarse del gueto. Y le dijo que solamente había una forma de que no lo matara, y le dijo más cosas pero el men se bajó la cremallera y se sacó la pinga y le dijo: ¿quieres vivir? ¿Quieres vivir? Y mi viejo quería vivir, y escupió, y Chistoso le puso la fuca contra la oreja. Y le dijo a mi viejo un sitio del campo al que se podía largar y que se podía llevar a su vejigo, y cuando dijo vejigo ahí sí yo me puse a temblar, pero nadie sabía que yo estaba debajo de aquellas sábanas. Y le gritó: ¿quieres vivir? ¿Quieres vivir? Una vez y otra y otra, como si fuera una chiquilla malcriada, y le frotó los labios a mi padre con la pinga, y mi padre abrió la boca y Chistoso le dijo: como me muerdas el rabo te pego un tiro en el cuello pa que oigas cómo te mueres, y Chistoso se la metió a mi padre en la boca y le dijo: ya puedes chupar, dale, que pa eso tienes boca de pescao muerto. Y gimió y gimió y gimió, le singó la boca a mi padre y luego le sacó la pinga de la boca, le sujetó la cabeza bien duro y le pegó un tiro: *Pap*. En vez de hacer *bang* como en las películas de vaqueros, o como cuando dispara Harry Callahan, hizo un *pap* fuerte y seco que hizo temblar la habitación. La sangre salpicó la pared. El chillido se me escapó al mismo tiempo que el disparo, así que nadie se enteró de que yo todavía estaba debajo de la colcha.

Mi madre entró corriendo y se echó a reír y le dio una patada a mi padre, y Chistoso se le acercó y le pegó un tiro en la cara. Ella se me cayó encima, así que cuando él dijo: búsqüenme al vejigo, ellos miraron en tos laos menos debajo de mi madre. Y Chistoso dijo: ¿pero pueden creer que el muy mariconazo me dice que me la va a mamar como una mamalona y a darme placer si lo deajo vivir? Y el

singao pervertió coge y me agarra la pinga. ¿Se imaginan eso?, les dijo a los hombres que me estaban buscando, pero yo estaba debajo de mi madre y tenía sus dedos clavaos en la cara y estaba como en una jaula, mirando por entre sus dedos, pero no lloraba, y Chistoso no paraba de decir que mi padre era maricón, tenía que ser maricón, ¿no?, porque eso es lo único que justifica que mi vieja fuera tan puta, porque si no ¿quién se iba a ocupar de su bollo? Y luego les dijo que no le contaran nada de todo aquello al Matasheriffs.

La casa quedó en silencio. Yo me quité a mi madre de encima y me alegré de que estuviera oscuro, pero no me podía ir porque me podían agarrar, así que me quedé esperando. Y mientras yo esperaba, mi padre se levantó del suelo de al lao de la puerta y se me acercó y me dijo que el inglés era la mejor asignatura de la escuela porque aunque encuentres trabajo de fontanero nadie te va a dar trabajo si hablas mal, y que el hablar bien lo es todo, es hasta más importante que aprender un oficio. Y también me dijo que hay que aprender a cocinar, aunque sea cosa de mujeres, y siguió rajando y rajando y rajando por los codos, hablando demasiao, que es lo que hacía siempre, y a veces hablaba tan fuerte que yo no sabía si quería que lo oyeran los vecinos y aprendieran de él también o qué, pero no, seguía tirao en el suelo, y ahora me dijo que corriera, que me escapara ya porque iban a volver a mangarle los Clarks que llevaba puestos y to lo demás que hubiera en la casa que valiera algo, y que iban a poner la casa entera patas pa arriba pa encontrar dinero, aunque él tenía toda la pasta en el banco. Estaba tirao al lao de la puerta. Yo fui a quitarle los Clarks, pero le vi la cabeza y vomité.

Los Clarks me quedaban grandes y me fui haciendo *clapclapclap* hasta la parte trasera de la casa, que daba a un sitio donde no había na más que vías viejas y maleza, y me tropecé con la puta de mi madre, que se meneó como si estuviera viva, aunque no lo estaba. Me subí a la ventana y salté. Los Clarks me quedaban demasiao grandes pa correr, así que me los quité y salí huyendo entre los hierbajos y las botellas rotas y la mielda caliente y la mielda seca y los fuegos que todavía ardían, y así, siguiendo las vías muertas se

podía salir de Eight Lanes, así que corrí y corrí y me escondí en los matorrales hasta que el cielo se puso primero naranja, después rosado y después gris, y luego se puso el sol y salió una luna bien gorda. Cuando vi que pasaban tres camiones llenos de hombres, me eché a correr hasta llegar a las Garbagelands, que son kilómetros y más kilómetros de basura y porquería y mielda. To lo que tira la gente de los barrios altos, montañas enteras de mielda con valles y dunas como un desierto y fuegos por tos laos, y yo seguí corriendo y no paré hasta que vi el gueto otra vez y vi un control de carreteras con un camión al lao, y me metí corriendo debajo del camión y luego volví a correr, y se oían hombres gritar y chillar a las mujeres, y ahora las casas se veían distintas, más juntas, más pegadas, y yo seguí corriendo y de golpe me salió un tipo con una metralleta, pero una mujer le gritó: ¡si es un muchachito, y mira cómo va sangrando el pobre! Y entonces algo me hizo tropezar y me di un toletazo y me puse a berrear, y entonces se me acercaron dos tipos y uno me apuntó con la fuca y ahora yo estaba medio ahogao, como mi padre cuando roncaba dormío, y el hombre de la fuca se me acercó y me gritó: ¿de dónde eres, eh? Hueles a maricona de Lanes. Y el otro dijo: es un muchachito, y va lleno de sangre. Y el otro me preguntó si me habían disparao o qué. Y yo no podía hablar, lo único que pude soltar fue: los Clarks son buenos zapatos, los Clarks son buenos za... Y el tipo de la fuca hizo clic con ella, y alguien le gritó, ¡pero mira que le gusta disparar al sapingo de Josey Wales! Y luego le gritó que no todo se resolvía a tiro limpio, y por fin los dos individuos se alejaron de mí, pero luego llegó mucha más gente, también mujeres. Por fin el gentío se separó como las aguas del Mar Muerto al pasar Moisés y él se me acercó andando y se me paró delante.

¿Qué pasa, que ahora Matasheriffs está liquidando a los suyos? ¿No sabe que los hombres en buenas condiciones físicas escasean o qué? Debe de ser el control de la natalidad que tienen en Eight Lanes. Y to el mundo se rio. Yo dije mamá y papá y no me salió nada más, pero él dijo que sí con la cabeza pa que yo viera que lo entendía. ¿Quieres matarlo tú a él?, me dijo, y yo quería decirle que lo

quería liquidar por mi padre y no por mi madre, pero lo único que me salió fue: s-s-s-s-s, así que dije que sí muy fuerte con la cabeza, como si me acabaran de pegar y no pudiera hablar. Pronto, pronto, me dijo él, y le dijo a una mujer que viniera y la mujer intentó cogerme en brazos, pero yo agarré mis Clarks y el tipo se rio. Era un men grandullón con una camisa larga de malla blanca que relucía a la luz de las farolas y le iluminaba la cara, y la barba le tapaba el rostro casi entero, pero los ojos no porque los tenía grandes y muy brillantes también, y sonreía tanto que casi no se le veía lo gruesos que tenía los labios, ni tampoco que cuando paraba de sonreír y se le metían las mejillas pa dentro la barba le daba a su cara en forma de V muy afilada y los ojos te miraban con frialdad. Y entonces dijo: que se enteren de que los que viven aquí en Copenhagen City no son escoria del gueto, y luego me miró como si pudiera hablar sin decir na na y me di cuenta de que estaba pensando que yo le iba a caer bien. Y dijo: tráiganle un vaso de agua de coco a este muchacho, y la mujer le dijo: sí, Papa-Lo.

Desde entonces vivo en Copenhagen City, y desde allí miro Eight Lanes y me dedico a esperar el momento. He visto a la tribu de Copenhagen City primero con cuchillos, luego con pistolas de vaquero, luego con M16 y al final con armas tan pesadas que no pueden ni con ellas, y he cumplió doce años, o eso creo porque Papa-Lo dice que el día que me encontró es mi cumpleaños, y me ha dao también a mí una pistola y me llama Bam-Bam. Y un día fui a las Garbagelands con otro chiquillo y aprendí a disparar, pero el retroceso hizo que me cayera y los demás se rieron y me llamaron mariquita, y yo le dije que así es como le dije a su madre la otra noche cuando me la estaba singando, y ellos se rieron y otro hombre, el que se llamaba Josey Wales, me puso la pistola en la mano y me enseñó a apuntar. He crecío en Copenhagen City y he visto cambiar las armas y sé que no vienen de Papa-Lo. Vienen de los dos tipos que traen las armas al gueto y del hombre que me enseñó a usarlas.

Nosotros, el sirio, el americano y el doctor Amor, en la cabaña de la playa.

Barry Diflorio

Fuera sólo cuelga un letrero, pero es tan grande que hasta desde dentro se ve cómo se balancean del tejado las curvas amarillas del logo. Es tan enorme que un día se caerá, seguramente cuando esté entrando algún niño al que hayan dejado salir antes de tiempo de la escuela. Así pues, el niño se plantará en el umbral justo cuando el logo empiece a crujir; él ni siquiera lo oirá de tanto ruido que le hacen las tripitas, y cuando intente abrir la puerta se le caerá todo encima. El fantasma del pobre niño soltará unas palabrotas dignas de un puto marinero cuando se entere de qué es lo que lo ha mandado al otro barrio: «King Burger: Pruebe nuestro Whamperer».

También hay un McDonald's bajando por Halfway Tree Road. Tiene un logo azul y la gente que trabaja en él jura que el señor McDonald está en la trastienda. Pero yo estoy en el «King Burger, pruebe nuestro Whamperer». Por aquí nadie ha oído hablar nunca del Burger King. Las sillas son de plástico amarillo, las mesas son de fibra de vidrio roja y las letras del menú recuerdan a esas de los cines que ponen «Próximamente». A las tres de la tarde el local nunca está lleno y, claro, por eso vengo aquí. Las manadas de gente me ponen nervioso; les basta una chispa inoportuna para convertirse en multitudes enardecidas. Me pregunto si será ése el motivo de que la fachada esté cubierta de rejjas. Llevo en Jamaica desde enero.

Detrás de la caja registradora hay un letrero que anuncia que si tu hamburguesa tarda más de quince minutos, no te la cobran. Hace dos días les mostré mi reloj de pulsera pasados dieciséis minutos y me dijeron que la norma sólo se aplica a las hamburguesas con queso. Ayer, cuando se retrasó mi hamburguesa con queso, me dijeron que la norma sólo se aplica a los bocadillos de pollo. La pobre chica debe de estar quedando sin hamburguesas a las que echar la culpa. Pero aquí no viene nadie. Una de las cosas que me tocan los cojones de mis compatriotas americanos: siempre que

viajan a un país extranjero, lo primero que hacen es intentar encontrar todas las cosas americanas que puedan, aunque sea la comida de una cafetería de mierda. Sally, que lleva aquí desde la administración Johnson, no ha probado jamás el akí con bacalao, a pesar de que seguramente ya somos dos millones de personas las que le hemos dicho: cariño, es como los huevos revueltos pero mejor. A mis hijos les encanta. A mi mujer le gustaría que aquí tuvieran salsa Manwich o Ragú, o hasta Hamburger Helper, pero lo lleva claro para encontrarlas en el supermercado. Lo lleva claro para encontrar cualquier cosa, en realidad.

La primera vez que probé el pollo con salsa picante jamaicana fue porque un tipo se acercó a mi coche en un cruce de Constant Spring Road y, antes de que yo pudiera encontrar la manecilla rota que subía la ventanilla, me gritó: jefe, ¿ya probó nuestro pollo picante? Era un tipo alto y flaco, vestido con camiseta blanca, un afro enorme, dientes brillantes y músculos igual de brillantes, demasiados músculos para un solo hombre, ¡pero joder!, el tío olía tanto a pimienta de Jamaica que salí del coche y lo seguí hasta su local, una chabola de madera rematada con un tejado de zinc y pintada a rayas azules, verdes, amarillas, anaranjadas y rojas. El tío agarró el puto machete más grande que yo había visto en mi vida y me cortó un pedazo de pata de pollo como si estuviera cortando mantequilla caliente. Me la dio y yo ya estaba a punto de comérmela cuando él cerró los ojos y me dijo que no con la cabeza. Tal cual: firme, sereno e inflexible. Antes de que yo pudiera abrir la boca, me señaló un frasco con el cristal un poco opaco, como si llevara allí mucho tiempo. Pero, eh, yo soy un tío intrépido, mi mujer hasta dice que estoy chiflado. Era un frasco de cristal gigantesco y lleno de pasta de pimiento molido. Bañé el pollo en la pasta y me tragué el trozo entero. ¿Os acordáis de esa parte de los dibujos animados del Correcaminos en la que al Coyote le explota una bomba justo después de tragársela y le sale humo por las orejas y por la nariz? ¿O del típico memo que entra por primera vez en un local de sushi y cree que puede tragarse una cucharada entera de wasabi? Pues así me quedé yo.

Creo que el tipo no se imaginaba que la gente blanca pudiera adquirir tantos tonos distintos del rojo. Se me escapó una lágrima y me pasé al menos un minuto con hipo. Alguien me había rociado la boca de azúcar y gasolina, había encendido una cerilla y fuuum. ¡Me cago en la puta madre que los parió a todos, aquella puta salsa era el puto elixir de la vida! Recuerdo que tosí.

Un día le pregunté a la cajera del King Burger si no se habían planteado nunca hacer una hamburguesa a la pimienta jamaicana. ¿Estilo gueto?, me dijo, y soltó un soplido de esos que sueltan las mujeres jamaicanas; a continuación cerró los ojos, levantó la barbilla y se dio la vuelta. Vengo aquí casi a diario y no hay día en que no me diga lo mismo. Me dice: ¿Qué desea el señor? Hamburguesa con queso. ¿Quiere limonada o batido con su hamburguesa? No, quiero un D&G de uva. ¿Desea algo más, el señor? No. El Whamperer sabe igual que el Whopper pero sin el sabor. Hasta el sabor de la lechuga deja mucho que desear, de tan remojada y amarga que resulta sobre esa hamburguesa que me pido cada día sólo para dar la nota, sólo para poder decirles a mis hijos: ¿Sabéis qué he comido hoy? Pues papá se ha comido un Whamperer, y ellos piensan que papá simplemente se ha vuelto tartamudo.

El sol abandona el barco y se acerca el anochecer. Pero a este país le falta una buena discoteca. Ahora mismo lo único que impide que me vuelva loco es cambiar de país cada tres o cinco años. Aunque la verdad es que nadie pasa por la Compañía sin perder el juicio. Algunas de las mayores chifladuras que he oído en la vida me las dijo mi antiguo director, bastante antes de que tuviera una crisis de conciencia de las gordas. Ahora está aquí su hijo, que llegó a bordo de un DC-301 americano procedente de Nueva York. Lleva tres días aquí y no tiene ni idea de que yo sé que está aquí. Tampoco es que me conozca; el «Día de tráete a tu hijo al trabajo» no fue una de las ideas que su padre propuso. No es ningún secreto por qué ha venido, pero si el hijo del exdirector de la Compañía se presenta de repente en Jamaica, hasta alguien de dentro como yo empieza a preguntarse si hay algo que no sabe.

Dicen que es director de cine, o bien uno de esos chicos ricos que tienen dinero para comprarse su propia cámara. Ha venido con una panda de fotógrafos y gente del cine para grabar un concierto por la paz de ese músico de reggae que se ha hecho más famoso que el pan en rebanadas. Se supone que va a ser un gran acontecimiento, y aunque sólo llevo aquí desde enero, hasta yo me doy cuenta de que a este país le hace falta un poco de paz. No la va a traer ese primer ministro que han puesto, eso está claro. Así que la estrella del reggae está montando un concierto que además organiza el partido del primer ministro, lo cual prácticamente pone a la estrella del reggae en nuestro punto de mira. La embajada ha recibido noticia de que va a venir Roberta Flack, y de que Mick Jagger y Keith Richards ya están aquí. Los putos Rolling Stones.

No, yo no escucho a la estrella del reggae. El reggae es monótono y aburrido y sus baterías deben de tener el trabajo más relajado del mundo junto con el de cajera del King Burger. Prefiero el ska; prefiero a Desmond Dekker. Ayer mismo le pregunté a la cajera del King Burger si le gustaba «Ob-La-Di, Ob-La-Da» y me miró como si le estuviera pidiendo que me vendiera jaco. Yo no sé de eso, respondió. Entonces ¿qué música escuchas? ¿Qué está sonando en la jam? Ella me dijo que Big Youth y los Mighty Diamonds. Sí, le dije yo, los Mighty Diamonds y Big Youth molan y tal, ¿pero acaso alguno de los dos ha sido mencionado alguna vez en una puta canción de los Beatles, como Desmond Dekker? Y ella me dijo: por favor, cuide su lenguaje, señor, en este establecimiento respetamos la ley.

¿Cómo se fabrica un accidente? En la Compañía no hay nadie indispensable, pero a veces me pregunto por qué no llaman a otra persona. Por lo menos no me pusieron a hacer trabajo de campo en Montevideo. Menudo jaleo de narices se acabó armando allí. Pero me gusta tener un trabajo del que no puedo hablar. Hace que sea más fácil guardar los otros secretos. Mi mujer ha aceptado por fin el hecho de que hay cosas que nunca sabrá y que va a tener que acostumbrarse a lo que se han acostumbrado el resto de nuestras esposas: a saber dos cosas de cada cuatro. A enterarse de cinco

viajes de cada diez. De una de cada cinco muertes. Creo que no sabe exactamente a qué me dedico. Por lo menos, ésa es la versión que sostengo esta semana. Estoy en Jamaica y de momento todo sale de acuerdo con el plan. Lo cual es una forma estúpida de decir que todo está siguiendo con tanta facilidad el libro de texto que en realidad resulta aburrido trabajar aquí. No me sorprende en absoluto; los jamaicanos suelen reaccionar exactamente tal como te esperas. Tal vez haya quien lo encuentre refrescante, o al menos le suponga un alivio.

Así pues, lo del tío del pollo picante que he contado sucedió en mayo, y yo no estaba en aquella zona porque de pronto hubiera tenido ganas de experimentar la Jamaica genuina. Estaba siguiendo a un tipo que iba cuatro coches por delante del mío. Una persona de interés considerable que un conductor había recogido en el hotel Constant Spring. Al principio pensé que me habían traído aquí para seguirlo, pero luego me di cuenta de que era él quien me estaba siguiendo a mí. Era un antiguo empleado de la Compañía que también estaba teniendo unos problemas de conciencia de los gordos. Es lo que pasa cuando los mandamases siguen intentando reclutar a fracasados de la Ivy League, maricones de colegio privado, Kim Philbys americanos esperando a salir del armario o hasta del frío. Para cuando me enteré de que estaba en Jamaica, él ya había descubierto que yo estaba aquí. No estoy exactamente encubierto; ya es demasiado tarde para eso. Dicho esto, tampoco podía permitir que aquel tipo se fuera de la lengua y luego yo tuviera que limpiar el desastre. Es una lástima que no me dieran el visto bueno para pasar a la acción. La Guerra Fría aún no ha terminado y ya la echo de menos.

Bill Adler, muy indignado, se largó de la Compañía en 1969. Tal vez no fuera más que un izquierdoso comunista cabreado, pero de éstos sigue habiendo a patadas en la Compañía. A veces los buenos son los peores, mientras que los mediocres no son más que funcionarios que saben poner micros y hacer escuchas. Pero los buenos siempre acaban por convertirse en él o en mí. Y él había llegado a ser muy bueno a veces. Después de acabar en Ecuador un encargo

de cuatro años que cumplió, si se me permite decirlo, con brío, lo único que me quedó a mí por hacer fue hacer desaparecer algún que otro cabo suelto que él había dejado. Por supuesto, yo habría preferido recordarle el encantador desastre de Tlatelolco. El jefe me llamó innovador, pero lo único que yo estaba haciendo era seguir el manual de Adler. Micrófonos en el techo, como el que él había usado en Montevideo. En cualquier caso, Adler dejó la CIA en 1969 con una crisis de conciencia tremenda y desde entonces no deja de causar problemas y poner vidas en peligro.

El año pasado publicó un libro, no muy bueno pero con explosiones. Nosotros ya sabíamos que iba a publicarlo, pero se lo dejamos pasar pensando que, bueno, quizá si sus vagas revelaciones hacían que la atención se dirigiera en una dirección que no fuera la nuestra, eso incluso podía ayudarnos a avanzar con nuestro trabajo. Pero resultó que su información era de primera calidad, y por qué no tendría que serlo. Y además daba nombres. De dentro de la Compañía. Los mandamases no lo leyeron, pero Miles Copeland sí, otro maricón llorica que antes llevaba la oficina de El Cairo. Copeland mandó reestructurar la oficina de Londres de arriba abajo. Luego, el 17 de noviembre Richard Welch fue asesinado en Atenas por un grupo terrorista de segunda fila a cuya vigilancia no habríamos asignado ni una enfermera voluntaria. Junto con él murieron su mujer y el chofer.

Pero a pesar de todo aquello, y aun sabiendo lo que el tipo era capaz de hacer, yo seguía sin tener ni idea de por qué estaba aquí Adler. No era invitado oficial del gobierno; eso habría sido una medtura de pata irremediable del primer ministro, sobre todo después de haber estado de palique hacía unos meses con Kissinger. Pero estaba más que claro que el primer ministro se alegraba de tener a Adler aquí. Y entretanto yo seguía esperando que la dirección me ordenara neutralizar la amenaza que aquel hombre suponía, o por lo menos silenciarla. El Jamaica Council for Human Rights lo invitó, lo que me obligaba a abrir un nuevo expediente en mi ya abarrotada mesa de trabajo. Al cabo de unos días el tío ya estaba

dando conferencias, largos discursos sobre toda clase de idioteces, como si fuera Castro o qué sé yo. Contando que había coincidido en América Latina con gente como yo y que estaba asqueado de lo que había visto; sobre todo en Chile, cuando habíamos permitido que Pinochet accediera al poder.

No mencionaba mi nombre, pero yo sabía a quién se estaba refiriendo. Nos llamaba los jinetes del Apocalipsis y decía que desestabilizábamos todos los países por los que pasábamos. No escatimó en dramatismo, y encima se dedicó a ocultar todo el tiempo que la mayor parte de lo que criticaba procedía de su propio reglamento. Y eso era lo único que necesitaba este primer ministro: una bonita palabra polisilábica como «desestabilizar» para convertirla en un puto sonsonete. Aun así, consiguió ponernos a la defensiva, de una forma que me aseguraré de que no vuelva a suceder. Por supuesto, la única gente que le prestó atención fue la revista *Penthouse*. Mierda, ¿cómo están las cosas cuando la conciencia de América se tiene que ganar la vida retocando fotos de coños? Los tipos como Adler, esos tipos que de repente se imponen la misión de sacar a la luz las maldades de América cuando en realidad no son más que blancos con conciencia de culpa que nunca saben cuándo han de salir de escena... Y la Compañía tampoco podía decidir si yo tenía que retirarlo de circulación a él.

En un momento dado afirmó tener pruebas de que la Compañía estaba detrás del incendio provocado de lo que definieron como una casa de vecinos de la calle Orange, del asesinato de un buen número de cubanos en Jamaica y de los disturbios laborales en los muelles. Dijo que tenía pruebas de que la Compañía estaba financiando al partido opositor, lo cual era simplemente ridículo teniendo en cuenta la mala idea que habría sido confiarle dinero a cualquiera del Tercer Mundo. No sé por qué no mandaba simplemente un artículo a *Mother Jones*, a *Rolling Stone* o a cualquier revista parecida. Antes de que la Compañía me diera una directiva clara sobre qué hacer con él, el tío se marchó a Cuba, según me dijeron mis contactos. Pero el cabrón ya había hecho el daño que quería. Les dio nombres a los jamaicanos. Nombres, ¡joder! El mío no,

pero sí el de los de once empleados de la embajada, desbaratando las identidades secretas de al menos siete de ellos. Tuvieron que mandarlos de vuelta a casa antes de que nadie se enterara de que estaban aquí con nombres falsos. Por culpa de Adler yo tuve que empezar de cero. A mediados de septiembre de un año que no estaba poniéndoselo fácil a nadie. Todo desde cero, lo cual enseguida generó problemas.

Al pasar frente a su oficina, he oído que Louis hablaba por teléfono de un cargamento en los muelles que había escapado a nuestro control. He hecho algunas comprobaciones. Nadie de su oficina ha pedido un cargamento de nada, y en caso de haberlo pedido está claro que no lo habrían hecho pasar por las aduanas jamaicanas para que les robaran dos tercios de su contenido. Contar siempre lo justo le va igual de bien a él que a mí, pero no me gusta que un puto agente descarriado y refugiado en Cuba se entere de que ha desaparecido algo antes de que yo sepa siquiera que lo estábamos esperando. Eso significa que sus soplones de poca monta tienen acceso a más información que yo, y se supone que yo soy el puto director. Louis no parecía demasiado preocupado mientras le contaba la historia a Dios sabe quién, y yo he acabado por cansarme de escuchar al otro lado de su puerta como si estuviera intentando oír cotilleos.

Mi mujer me ha llamado hace un rato para decirme que se le han acabado las cerezas al licor. Os lo aseguro: la Guerra Fría todavía no ha terminado y ya la echo de menos.